

XENOFOBIA Y RACISMO

Marco Calamai

Xenofobia y racismo están creciendo en Europa. En Italia también. Dos recientes noticias lo demuestran. Algunas empresas de seguros de coches están aplicando a los inmigrantes rumanos —diariamente identificados por numerosos medios y un sector del mundo político como personas violentas y peligrosas, culpables de violaciones, asesinatos y otras maldades— “tarifas étnicas”, o sea superiores a las aplicadas a los ciudadanos italianos. En la región meridional de Calabria se organizó, hace pocos meses, una auténtica caza a los negros. Inmigrantes africanos temporales, que trabajaban desde hace años en tareas agrícolas viviendo en condiciones miserables, fueron expulsados por la fuerza por gente armada decidida a todo frente a la aparente indiferencia de las autoridades.

Estos fenómenos, que se están produciendo también en otros países europeos, tienen mucho que ver con una visión maniquea de los inmigrantes, divididos en la percepción de un sector muy amplio de la opinión pública en dos grupos: los parecidos a nosotros, que proceden de países étnica y culturalmente vecinos; y

“los distintos a nosotros”, por ejemplo los negros y en particular los árabes. Personas consideradas agresivas, fanáticas, cercanas a los terroristas musulmanes. Esta visión tiene mucho que ver con la temática de la identidad nacional (como saben, Francia se dividió hace pocos meses sobre este tema en un absurdo debate provocado por el gobierno), la cual sirve a ciertos sectores de la sociedad para crear miedo y rechazo en la población hacia los que vienen de afuera. De esta manera, se empujan los electores hacia posiciones contrarias a la extensión del Estado del Bienestar, una de las conquistas más significativas de las democracias europeas en el siglo xx. Como ustedes ven, en Europa se dan fenómenos muy parecidos a lo que está pasando en Estados Unidos en relación a la inmigración latinoamericana.

Si analizamos con atención el debate actual en relación al fenómeno migratorio, descubrimos que existe una relación bastante clara entre posiciones como la del Estado de Arizona, similar a la de algunos gobiernos europeos, y las ideas de los autores del libre mercado, mejor dicho del mercado sin reglas, de un estado que no ofrece servicios comunes a todos los ciudadanos, que por ejemplo se niega a garantizar a todos el servicio público de salud. Son las ideas ultra liberales, que tanto éxito tuvieron en los últimos treinta años, del difunto premio Nobel Milton Friedman, también conocido como el consejero económico de Pinochet. Ideas que han producido esa creciente distancia entre ricos y pobres en tantos países, la cual es una de las principales causas, si no la principal, de la emigración. Es también interesante el hecho que dos estudiosos aparentemente tan lejanos como Friedman y el igualmente famoso Samuel Huntington, lleguen a conclusiones políticas y culturales parecidas cuando defienden, uno el ultra liberalismo, el otro la supremacía de la civilización occidental. Que son, en realidad, dos facetas de la misma visión del mundo. Como todos ustedes saben Huntington, en una de sus últimas obras, “Quiénes somos nosotros?” (los

nosotros siendo los americanos de Estados Unidos) denuncia el “peligro de la inmigración latina”, considerada por el estudioso conservador un riesgo temible para la hegemonía de los “valores superiores” de la cultura anglosajona protestante, que sería la base de la identidad americana del norte.

En algo, desde luego, Huntington tiene razón: lo que está en juego cuando hablamos de migraciones no es solamente un conjunto de políticas sociales, también una perspectiva de convivencia o de conflicto entre distintas identidades culturales, entre mundos hasta ayer lejanos. Se trata en definitiva de escoger entre dos formas de vivir nuestra compleja época. La primera es la que privilegia el beneficio y los resultados económicos sin preocuparse de las consecuencias humanas de la globalización, sobre todo de los inmigrantes, considerados por las teorías del libre mercado como simple mano de obra barata que se utiliza cuando conviene y se tira a la basura cuando ya no sirve. La segunda es la que piensa que la globalización tiene que respetar a la mujer y el hombre, sean o no inmigrantes. Una globalización que tiene que plantearse el objetivo histórico de integrar positivamente, superando la cultura nefasta de los ghettos raciales y religiosos, esos millones de personas que han decidido y deciden abandonar su pueblo o ciudad para buscar mejores condiciones de vida y ayudar a los que quedan atrás.

Otro punto que me parece crucial de nuestro debate se refiere a los países de origen de los migrantes. Son cada día más evidentes las graves responsabilidades de las oligarquías que controlan el poder económico y político en muchos de estos países. Son estas oligarquías las principales culpables del fenómeno migratorio. ¿Por qué tantas mujeres latinoamericanas, africanas y asiáticas emigran solas y a menudo dejan de ver a sus hijos durante años? La respuesta es clara: porque en el país donde han nacido no encuentran trabajo, ni ellas ni sus maridos, no tienen derecho a la salud y a la educación para sus hijos, no tienen en

definitiva, ellas y sus familias, la perspectiva de una vida digna. Por eso se marchan, con las consecuentes heridas afectivas que la emigración y la separación forzada de una familia provocan. Como ha dicho hace pocos días en una entrevista a *Le Monde* Ibrahima Thioub, un historiador de Senegal: “Si os presentarais en cualquier puerto africano con un barco diciendo que buscáis esclavos para Europa, el barco se llenaría inmediatamente”. De aquí otra pregunta: ¿Esta denuncia tan terrible no vale también para algunos países y regiones de América Latina? La respuesta es sí: esta denuncia vale para los millones de indígenas o mestizos pobres andinos, de campesinos centro americanos o mexicanos que desde hace siglos viven en condiciones insostenibles, dominados por grupos oligárquicos autoritarios y corruptos. He conocido en Europa inmigrantes bolivianos y peruanos que siguen hablando entre ellos el quechua o el aymara y no saben escribir en la lengua oficial, el español, de su país de origen. Todo esto plantea la necesidad de una reflexión autocrítica implacable en relación a los errores, y los horrores, no solamente de los colonizadores, pero también de los grupos que se han alternado en el poder después de la época colonial, haciendo propios, aunque denunciando con tonos radicales y demagógicos las culpas de los antiguos dominadores con el fin de cubrir sus propias responsabilidades, los mismos valores, las mismas formas de explotación, la misma falta de respeto hacia los “otros”, incluidos los inmigrantes que se desplazan al interior de los mismos países latinoamericanos. En estos países no hay un estado de bienestar que realmente proteja a todos sus habitantes, y eso porque no existe en la práctica una política que ponga al centro de la acción estatal el concepto de ciudadanía.

En definitiva, el problema central, cuando hablamos de inmigrantes y de sus derechos, es ser conscientes que solo una visión global humanista, que considere conjuntamente las condiciones de los países de origen y los de acogida, creando puen-

tes entre las dos realidades, puede favorecer una globalización no traumática para millones de personas. Hoy, gracias también a las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información (Internet, teléfonos móviles...) es posible facilitar la realización de este objetivo. Con un protagonismo nuevo y directo de las mujeres y los hombres que han decidido, obligados o no, vivir la condición de emigrantes.